



Alán Arias Marín

Alianzas y reforma política: el tiro por la culata

Al gobierno del presidente Calderón y al PAN les salió el tiro por la culata. Su propuesta de reforma política entró en colisión con su apuesta por alianzas con el PRD contra el PRI; los incentivos de una eran veneno puro para la otra. Se mordieron la cola. El presidente Calderón, carácter belicoso e inteligencia táctica, lo precipitan en una multiplicación incontrolable de frentes de combate. Condiciones de limitada capacidad gubernativa, empantanamiento fiero de la "guerra contra el narcotráfico", problemas de gobernabilidad y el ya crónico déficit de legitimidad lo presionan en un plano estratégico; a esas determinaciones el jefe del Ejecutivo responde con argucias tácticas, tantas que se atropellan e inhiben sus posibilidades.

El punto crítico de exasperación llegó con los resultados (más adversos de lo esperado) en las elecciones intermedias-2009; la encuestas iniciales-2010 apuntaron las altas probabilidades del PRI para resultar vencedor en los procesos comiciales del año, el sentido de la elección presidencial quedaría prácticamente orientado. Sume usted el claro perfil de los candidatos del PRI —sobre todo Peña Nieto— y hasta del PRD, en contraste con los difusos perfiles de Cordero, Vázquez Mota y el arrebujado Lujambio. No había escape.

Calderón carece de herramientas suficientes para alterar condiciones de desventaja; el gobierno no está sólidamente posicionado y el PAN

no ha sabido asumir una postura seria de partido gobernante; la única salida, por demás, acorde con su *pathos* histórico opositorista, fueron las coaliciones. Un llamado nostálgico a la lógica del transicionismo: extender la alternancia del centro a la periferia —sacar al PRI de las enriquecidas casas de gobierno estatales—. Un imperativo del pragmatismo, dilución de ideologías y programas, desamparo moral del infantilismo de la irresponsabilidad política (ilusión de que si gano gobernaré bien...).

El gobierno, que había alentado —con relativo éxito legitimante— una amalgama de viejos temas del debate reformista (el decálogo de la reforma política), comenzó a instrumentar y propagandizar una serie de coaliciones electorales entre PAN y PRD para enfrentar al PRI (Oaxaca como emblema, Durango como punto de partida). Elevar la competencia electoral, evitar el carro completo del PRI, y emplazar con verosimilitud amenazante las elecciones del Estado de México (2011), desdibujar en caso de éxito

a Peña Nieto y —si las cosas salieran bien (crecimiento económico y relativa pacificación con algún cártel en la "guerra al narcotráfico")— disputar plausiblemente la presidencia-2012.

Hoy por hoy, la reforma política ha sido derrotada y las coaliciones electorales en entredicho (Durango, Hidalgo, Puebla y Oaxaca), sobre todo porque las tensiones internas en las filas panistas han escalado la

esfera local para llegar al gabinete; la explícita resistencia del secretario de Gobernación, Gómez Mont, en el caso Oaxaca, es algo más que sintomática. El repliegue toma la forma de un control de daños difuso: insistir en la necesidad de las reformas, pasar al PRI el costo del naufragio y ganar el debate —no las reformas— de modo que sirvan de pie a una especie de ideario programático para la propaganda de 2012.

La pulsión de poder y el pragmatismo de corto plazo, inherente a los políticos profesionales, bajo el amparo de la desvelada lógica del transicionismo democrático (inadecuada para México), resulta procesada por la fuerza de los contextos regionales. Las redes e instrumentos de la política, historia y condiciones locales reconfiguran las finalidades estratégicas del centro político. En esas circunstancias, la personalidad y biografías de los candidatos son decisivas para la viabilidad de las alianzas. Políticos profesionales, de raigambre partidista, a menudo trapecistas partidarios, unos con mayor solvencia política y moral que otros (como es el caso de Gabino Cué) personifican a las coaliciones.

Mención aparte merece Xóchitl Gálvez, heterodoxa y eficaz política, de trayectoria honesta, perfil ciudadano e independiente (pese a su amistad con el expresidente Fox, se opuso al desafuero de AMLO). Ya es candidata del PAN, pero su aceptación por el PRD y el DIA es sumamente difícil. Hidalgo es enclave histórico del caciquismo de los Rojo Lugo; uno de los probables candidatos



del PRI, Jorge Rojo García de Alba, es de esa estirpe, apoyado por el gobernador Osorio Chong. En José Guadarrama, precandidato puntero del PRD, ex priista de ominosos y controversiales antecedentes, quien jugará por la gubernatura al precio que sea (aún consciente de su inviabilidad), tiene el PRI la clave para abortar la candidatura coaligada de Xóchitl. Hidalgo es (era) la alianza —pese a sus defectos estructurales— con mayor verosimilitud; está en cuestión. ■ M

FPyS-UNAM. Cenadch.
alan.arias@usa.net

**Elevar
competencia
electoral,
evitar carro
completo del
PRI, emplazar
verosimil-
mente las
elecciones
del Edomex,
desdibujar a
Peña Nieto
y si hay
crecimiento
económico y
pacificación
en la
"guerra al
narcotráfico",
disputar
plausi-
blemente la
Presidencia**

